

El mito de la URSS. Los intelectuales y el PCE durante la II República

The myth of the USSR. Spanish intellectuals and the Communist Party during the Second Republic

Manuel Guerrero Boldó
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Este artículo tiene como objeto de estudio el impacto causado por la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) en un sector de la intelectualidad española durante la II República y su posterior repercusión en el PCE (Partido Comunista de España). El texto se propone así indagar en la problemática URSS-PCE-intelectual. A través de esta se localizarán y analizarán también las contradicciones inherentes a la misma, partiendo del débil corpus teórico exportado por la IC (Internacional Comunista) a sus secciones nacionales europeas —que tanto condicionó el desarrollo del PCE en la II República—, como otro objetivo fundamental del presente artículo, ambos interrelacionados.

Palabras clave: URSS, PCE, IC, II República, intelectual.

Abstract

This article aims to study the impact caused by the USSR (Union of Soviet Socialist Republics) on a sector of the Spanish intelligentsia during the Second Republic and its subsequent impact on the PCE (Communist Party of Spain). The text thus intends to investigate the intellectual problem USSR-PCE. The contradictions inherent to it will also be located and analyzed, starting from the weak theoretical corpus exported by the CI (Communist International) to its European national sections —which so conditioned the development of the PCE in the Second Republic— as another fundamental objective of this article, both interrelated.

Keywords: USSR, PCE, CI, Second Republic, intellectual.

«Después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no sólo definitivo sino inquebrantable. Después de todo lo que aquí he visto, no hay razón para que un intelectual esté indeciso. En la trincherera hay un uniforme y un fusil más. Al llegar aquí era un intelectual. Hoy es un soldado del frente de lucha y de la edificación socialista el que os deja».

R. J. Sender, *Una carta de Ramón J. Sender* (4 de julio de 1933)^[1].

Este artículo tiene como objeto de estudio el impacto causado por la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) en un sector de la intelectualidad española durante la II República y su posterior repercusión en el PCE (Partido Comunista de España). El texto se propone así indagar cómo se producían los procesos de acercamiento al PCE, la fragilidad de los mismos, y la trascendencia de este sector para la Internacional Comunista (IC). Para analizar este fenómeno, nos acercaremos a figuras como Rafael Alberti o Ramón J. Sender fundamentalmente, pese a que podríamos rescatar a otros como Manuel Chaves Nogales, Margarita Nelken, César Vallejo, Eugenia Lefevre, etc., ya que la fascinación por la URSS y los testimonios de los viajes a la *Patria del Socialismo*^[2] son un

fenómeno muy común y global en los años treinta, tanto entre intelectuales como otros sectores de la sociedad que de un modo u otro terminaban realizando el *soñado* viaje. A partir de dichos protagonistas se puede ejemplificar la problemática URSS-PCE-intelectual. A través de esta se localizarán y analizarán también las contradicciones y el débil corpus teórico exportado por la IC a sus secciones nacionales europeas —que tanto condicionó el desarrollo del PCE en la II República—, como otro objetivo fundamental del presente artículo, ambos interrelacionados.

La interpretación que hace Annie Kriegel de la relación del Partido con este tipo de militantes resulta de gran utilidad para plantear la citada problemática:

«La línea de interpretación ortodoxa del marxismo [...] asume la tarea de fundamentar teóricamente el derecho del Partido, como ‘intelectual colectivo’, a decir lo que es verdad; a decirlo y a promulgarlo. De aquí estas tensiones perpetuamente recurrentes en las relaciones del PC con los intelectuales. Para éstos es algo totalmente incomprensible el que un Partido, por el solo hecho de considerarse la prefiguración de la sociedad futura, pretenda ser la fuente de la ciencia, un partido-ciencia. De aquí también la originalidad del intelectual comunista y el reto que se lanza a sí mismo, pues no sólo es un hombre que ‘honra’ a su partido, un militante que aporta su contribución a la vida política de su organización; el intelectual comunista es [...] una persona que, en lo más íntimo de su ser, es capaz de una compleja experiencia, en la que la afiliación al Partido marca el principio de un largo y aleatorio proceso al final del cual,

1.- Ramón J. Sender, «A los camaradas de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios», *Octubre*, 4-5 (1933), p. 6.

2.- Para profundizar en el fenómeno, véase: Josep Pich Mitjana, David Martínez Fiol, Adreu Navarra Ordoño y Josep Puigsech Farrás (eds.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2019; Michael David-Fox, *Showcasing the Great Experiment. Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941*, New York, Oxford University Press, 2012; Katerina Clark, *Moscow, the Fourth Rome: Stalinism, Cosmopolitanism, and the Evolution of Soviet Culture, 1931-1941*, Cambridge, Harvard University Press, 2011; Ludmila Stern, *Western intellectuals and the Soviet Union, 1920-1940: From Red Square to the Left Bank*, London, Routledge, 2007; David Caute, *The Fellow-Travellers: Intellectual Friends of Communism*, New Haven,

Yale University Press, 1988; Paul Hollander, *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China and Cuba, 1928-1978*, New York, Oxford University Press, 1981.

‘situado en posiciones de la clase obrera’ como reza la fórmula clásica, debe aparecer un ‘intelectual de nuevo tipo’»^[3].

El concepto «intelectual colectivo», señalado por Annie Kriegel y de inspiración gramsciana, es la base de la problemática URSS-PCE-intelectual. Una interpretación tan rígida, autoritaria y cerrada del papel del intelectual unida a la conceptualización de la IC de la *verdad* como una verdad revelada desde la experiencia soviética, contribuirá, como se verá, al desencuentro con intelectuales que podrían haber defendido la causa comunista y al aislamiento político del PCE en la primera mitad de los años treinta.

Introducción

Los orígenes de la *fascinación* por la URSS hay que buscarlos en el contexto político y social que se vivía en los años veinte. «Dentro de ese marco español de intensidad social y cultural, de profundo arcaísmo y tremendas desigualdades, la experiencia soviética constituyó un hilo conductor de nuevas lealtades y preocupaciones»^[4]. La Unión Soviética significó un ejemplo tangible de que la situación social podía revertirse, evocaba una igualdad, una justicia social anhelada por amplios sectores de la sociedad. De este modo, la Revolución rusa no era un acontecimiento histórico producido en un país bajo unas condiciones políticas determinadas, sino que alcanzó la condición de mito y era inherente a su experiencia la sustancia de la victoria final del proletariado^[5].

3.- Annie Kriegel, *Los comunistas franceses*, Madrid, Editorial Villalar, 1978, pp. 140-141.

4.- Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*. Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 90.

5.- Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo!, las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, p.276.

En esta década, los viajes a la URSS y la popularidad del mito habían crecido exageradamente y Miguel de Unamuno arremetía con dureza el 21 de abril de 1923 en la revista *España* contra la soviétización de una izquierda que para entonces ya, según el escritor y filósofo vasco, se había convertido a una suerte de anticreencia dogmática:

«¿Y aquí? Aquí, en España, el ídolo de los ateólogos comunistas es la misma Rusia convertida en entidad mística. Hay ateólogo comunista de los nuestros que se ha ido a Rusia sin saber ruso ¿qué sin saber ruso? sin saber, a lo sumo, más que el español de los libros de avulgamiento sociológico y habiendo traído de allí unas estadísticas, las que le dieron, que puede uno procurarse sin salir de España, viene dogmatizando y queriendo enterrar a un Cristo que no conoce mejor que a Rusia, es decir, que no conoce. Hay algo que nos causa pavor y es la actitud sociológica —llamémosla así— de esos pobres ateólogos para quienes no parecen existir ni el momento que pasa ni la flor que se aja después de haber perfumado a la brisa, de esos de la novela roja y la música roja y la pintura roja y no sabemos si el paisaje y el celaje rojos, de esos que al ir a ver un drama, v. gr. preguntan si es de tendencia roja, de esos que parecen creer que tratar de consolarle al hombre de haber nacido es hacer traición a la humanidad. ¡Pobre gente!»^[6].

En los años treinta, el auge del fascismo, también se mostró como un factor fundamental que propició el aumento del prestigio de la URSS frente al descrédito de las democracias occidentales. Era muy poderosa la influencia de la URSS como modelo de construcción del socialismo en un momento histórico de auge de los movimien-

6.- Miguel de Unamuno, «Ateología», *España*, 366 (1923), pp.1-2.

tos fascistas en Europa y la incapacidad de los partidos socialistas de hacerles frente^[7]. Este elemento, en uno de los sectores donde tuvo mayor repercusión fue en la juventud, que buscaba un ejemplo consistente en la lucha contra el fascismo, una interpretación radical frente a este nuevo movimiento de masas.

No hay que olvidar que en el año 1935, la Komintern fijó la creación de frentes populares como alianzas electorales para frenar el avance del fascismo. Muchos intelectuales, organizaciones sindicales y partidos de centroizquierda y socialistas se sumaron a la propuesta ante la amenaza que ya representaba el nazismo. Además, en esta década, la rusofilia estaba muy extendida, se trataba de una auténtica fiebre que se propagaba en la prensa, cines, teatros y editoriales, aunque sin la presencia de los agentes de la IC no se puede explicar la existencia de un gran número de editoriales y periódicos y algunas revistas ligadas al movimiento intelectual antifascista español^[8].

La influencia de la Unión Soviética también resultó fundamental «hasta el punto de acabar jugando entre 1933 y 1936 un papel de referencia esencial en torno a la cual se articulan las posiciones de unificación orgánica y de expectativas revolucionarias»^[9], tanto de la izquierda socialista como de los comunistas. Esto se ha de tener muy en cuenta —y lo veremos más adelante— ya que aunque los métodos soviéticos no fueran compartidos por algunos sectores políticos del socialismo, por ejemplo, sí resul-

taban sumamente útiles para oponerlos a otros sistemas y prácticas políticas como el fascismo^[10].

El que la Unión Soviética fuera un ejemplo recurrente para la inspiración de la izquierda, en un principio podría resultar positivo para el PCE, que era el partido comunista nacional fundamentado en la experiencia soviética. Pero, precisamente, esa amplia acogida que tuvo la URSS en diversos sectores de la izquierda dificultó enormemente la labor del PCE de apropiarse de la imagen de la URSS. Pese al apoyo expreso de la IC y de la URSS y los intentos propagandísticos del PCE de asociarse a la imagen de la construcción soviética, «el PCE infravaloró su dependencia respecto a esos factores, no recogió todos los frutos de tal situación y hasta la guerra civil no logró totalmente sus objetivos»^[11].

En este punto es preciso aclarar dos antecedentes históricos que marcaron la trayectoria del PCE durante la II República. En primer lugar, el Partido Comunista, desde finales de 1932, había iniciado una nueva política. Combinó una política defensiva, enfocada principalmente contra la represión y el recorte de los derechos democráticos, con otra de corte ofensivo, para lograr la consecución del gobierno obrero y campesino. Esto se enmarca en la lucha contra el gobierno republicano-socialista y formaba parte de la política de «clase contra clase». La IC, extrapolando la experiencia soviética a la realidad española, veía posibilidades de iniciar un proceso revolucionario, y los esfuerzos políticos, por lo tanto, debían ser dirigidos a hacer fracasar la experiencia republicana e instaurar la dictadura del proletariado. Esto tuvo como consecuencia el aislamiento político del PCE.

7.- Sandra Souto Kustrín, «La atracción de las Juventudes Socialistas por el PCE en el contexto europeo de los años treinta», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (eds.), *Historia del PCE, I Congreso 1920-1977*, Madrid, FIM, 2007, vol. I, p. 114.

8.- Federico Suárez, *Intelectuales antifascistas*, Madrid, Rialp, 2002.

9.- Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, Barcelona, Editorial Planeta, 1999, p. 79.

10.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, p. 90.

11.- *Ibíd.*, p. 93.

La táctica de frente único por la base, alianza entre obreros de base de distintos sindicatos y partidos, siempre bajo la dirección del PCE, no se vio alterada. En 1933, tras la llegada de Hitler al poder, la IC continuó con su política izquierdista y sectaria y el ascenso del fascismo se atribuía a la traición de los *socialfascistas*^[12]. La situación no cambió hasta la adopción de la táctica del Frente Popular por parte de la IC tras el VII Congreso celebrado en julio-agosto de 1935, que supuso un punto de inflexión en la trayectoria del PCE. Ya en la primavera de este mismo año, los llamamientos del PCE a otras formaciones de izquierda comenzaron a ser escuchados; los objetivos de la nueva táctica fueron anunciados por José Díaz el 2 de junio de 1935, y han sido calificados como la primera aparición eficaz del PCE en la escena política de las izquierdas españolas^[13].

Aún en 1934, las Alianzas Obreras, para los comunistas, habían de plantearse como una proyección de los soviets en el contexto español^[14]. No debían ser hegemonizadas por el PSOE, sino que tenían que constituirse como órganos de poder de nuevo tipo para que los obreros, campesinos y soldados pudieran engendrar su propia versión de la dualidad de poder rusa. La Revolución rusa, señalaba José Díaz a este respecto, «no es un caso especial, sino que, en todos los países donde hay oprimidos y opresores, donde hay clases explotadas y explotadoras, los mismos procedimientos del Partido Bolchevique pueden ser utilizados con los mismos éxitos»^[15].

12.- Joan Estruch, *Historia del PCE (1) (1920-1939)*, Barcelona, El viejo topo, 1978, p. 80.

13.- Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2004, p.22; E.H. Carr, *Twilight of the Comintern*, Nueva York, Pantheon, 1982, p. 317.

14.- Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Editorial Crítica, 2010, p. 61.

15.- «Las deliberaciones del Comité Central del Partido

La idea era conquistar la mayoría en las Alianzas Obreras como los bolcheviques lo lograron en los soviets. En cualquier caso, el intento de trasladar la experiencia soviética de la primera y segunda década del siglo XX a la realidad española de los años treinta continuó hasta iniciada la Guerra Civil. Stalin escribía en estos términos a Largo Caballero en diciembre de 1936:

«[...] creemos que nuestra experiencia, sobre todo la experiencia de nuestra guerra civil, aplicada de conformidad con las condiciones particulares de la lucha revolucionaria española, puede tener para España una cierta importancia. Partiendo de allí, hemos consentido, en vista de vuestras reiteradas demandas, que nos han sido transmitidas oportunamente por el camarada Rosenberg, en enviar un número de nuestros camaradas militares para ponerles a vuestra disposición»^[16].

Los partidos comunistas fueron impulsados por el Partido Comunista de Rusia, en gran medida, a partir de la escisión de distintos grupos socialistas europeos y en algunos casos anarquistas o republicanos liberales. Dichos actores serán quienes llevarán a cabo la creación de la mayor parte de los partidos comunistas a nivel europeo, un contexto en el que actuaban en el marco de la competencia política.

Aunque al formar parte de la IC estos partidos parecían continuar la tradición internacionalista de las organizaciones obreras, su dependencia política del Estado soviético y las alianzas en sus respectivos países ha llevado a extender la creencia de «que se convirtieron en *meras sucursales* europeas del PCUS [Partido Comunista

Comunista. Discurso resumen del camarada José Díaz», *Mundo Obrero*, 46 (14 de septiembre de 1934)

16.- «Carta de Stalin a Largo Caballero», 21 de diciembre de 1936, *Documentos PCE*, caja 2/23, AHPCE.

de la Unión Soviética, aunque no adquirió esta denominación hasta 1952], a la vez que aspirantes a representar las identidades nacionales»^[17]. Sin embargo, los numerosos debates desarrollados en el Secretariado del Comité Ejecutivo de la IC (CEIC) en los que participaban representantes nacionales, nos hablan «no de una rígida comunicación unidireccional, sino de un modelo relacional más complejo y sofisticado que el simple mandato de órdenes jerárquicas durante la primera mitad de los años treinta»^[18].

La relación entre las secciones nacionales y Moscú estuvo también marcada, además de por las decisiones colegiadas, por la discusión de directrices y las tensiones propias entre los intentos de homogeneización de los partidos comunistas y las culturas políticas locales. Cabe recordar aquí el ejemplo de diversidad de pareceres que entre la primavera de 1930 y los primeros meses de 1931 se dio entre los dirigentes del PCE y la IC. Varias delegaciones de funcionarios de la IC se presentaron en España para asegurar el cumplimiento de las instrucciones dadas por esta, que instaban a los dirigentes del PCE a realizar los esfuerzos que fueran necesarios para frustrar la experiencia republicana e imponer una dictadura del proletariado. Los líderes del PCE no acataron las órdenes como se esperaba, y en octubre de 1932 la directiva del PCE fue convocada a Moscú, condenada y expulsada de la IC^[19].

Otro episodio en esta línea discrepante lo hallamos en la primavera de 1937. Sucedió durante la crisis del gobierno caballerista. Pese a que las directrices de la IC iban

encaminadas a mantener a Largo Caballero como jefe de gobierno, desde Madrid se rechazaron las mismas, hasta el punto de que Vicente Uribe y Jesús Hernández reclamaron la salida de Largo Caballero del Ministerio de Guerra^[20].

En segundo lugar, resulta necesario añadir que los antecedentes históricos dentro del seno de la socialdemocracia de la II Internacional son de capital importancia para comprender mejor el origen, y, en gran medida, la naturaleza de la formación de los partidos comunistas. Aunque, como se ha señalado, surgen en su mayoría de escisiones de los partidos socialistas impulsadas en parte por representantes de la IC, y al calor de la Revolución de Octubre de 1917; las dinámicas internas del socialismo europeo, y la confrontación previa entre las tendencias de la II Internacional son de gran trascendencia para interpretar correctamente estos hechos fundacionales.

Una de las claves se halla en la postura adoptada por Lenin en la reunión de los socialistas revolucionarios en la localidad suiza de Zimmerwald (septiembre de 1915). En el contexto de la I Guerra Mundial, en esta reunión se lanzaron duras críticas a los denominados *socialpatriotas* y se insistió constantemente en el carácter imperialista de la guerra desde la facción partidaria de los postulados de Lenin. Esta no era mayoría, pero se propuso ya la creación de una nueva Internacional, considerando a la II como obsoleta, debido a que Lenin y sus partidarios interpretaban que ya no servía a los intereses del socialismo sino a los del propio capitalismo; lo que acabaría entroncando con la interpretación de clase contra clase en los años treinta exportada por la IC.

La postura de Lenin tenía sus raíces en la realidad rusa, desgarrada por los conflictos

17.- Rafael Cruz, «Del partido recién llegado al partido de todos. El PCE, 1920-1939», en *Historia del PCE, I Congreso 1920-1977 (vol.)*, FIM, 2007, p. 143. La cursiva es mía.

18.- José Carlos Rueda Laffond, «Fábricas de comunistas: escuelas de partido y estrategias orgánicas en los años treinta», *Historia y política*, 40 (2018), pp. 263-297, esp. pp. 270-271.

19.- D. Kowalsky, *La Unión Soviética*, p.20.

20.- José Carlos Rueda Laffond, *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*, Valencia, PUV, 2018, pp. 46-47.

de clase agudizados por la guerra imperialista, tremendamente impopular entre las masas rusas. Lenin, que ligaba en todo momento el avance de la Revolución rusa con el avance de la revolución en el contexto bélico europeo, creyó que era necesario aprovechar la crisis del sistema capitalista en guerra para transformarla en el inicio de la revolución mundial^[21]. La voluntad del líder bolchevique de romper con la II Internacional y crear una nueva sobre bases revolucionarias procedía de su cotidiana experiencia de enfrentamiento con los representantes de la línea socialdemócrata en Rusia, los mencheviques^[22]. Estas reflexiones surgidas de la experiencia concreta fueron una parte fundamental del éxito de la Revolución rusa y, a su vez, supusieron muchos de los fracasos posteriores de la Komintern, por intentar exportar la experiencia rusa al resto del mundo en contextos disímiles y anacrónicos.

Nos hallamos ante un Partido Mundial con un centro y un mando único —Moscú— cuyas decisiones aspiraban a ser vinculantes para todos sus afiliados^[23]. Las interpretaciones de las situaciones políticas dadas en los diferentes países en los que se establecían los partidos comunistas, así como las estrategias a seguir para exportar la revolución, además de ser erradas casi en su totalidad por intentar hacer de la experiencia rusa algo universal, tenían que ser seguidas si es que los partidos comunistas pertenecientes a la III Internacional querían seguir perteneciendo a la misma. Esto no era una cuestión nimia, dada la legitimidad, prestigio, apoyo logístico y económico que les aportaba esta organización. De otro modo, además, optarían por lo que hubiera sido in-

terpretado como una traición al marxismo-leninismo^[24]. Esto condicionó enormemente al PCE, pero la relación entre este y su matriz rusa, como hemos dicho, no estaba exenta de discusiones y contradicciones.

Este proceder sectario, materializado en la política de clase contra clase, con un marcado acento ruso, y de un precario nivel teórico, se asentó e incrementó paralelamente al ascenso de Stalin. Una hegemonía rusa que Lenin entendió como meramente coyuntural y que este criticó en el IV Congreso de la Internacional, por «ser rusa hasta la médula», y afirmando al mismo tiempo que «no hemos comprendido cómo se debe llevar la experiencia rusa a los extranjeros»^[25]. Esta reflexión no caló, y afectó en el devenir del PCE en los años de la II República, incluida su relación con la intelectualidad.

El acercamiento de intelectuales de izquierda al PCE, teniendo como referencia a la URSS, estuvo motivado por grandes dosis de idealización, de una abstracción a partir de la cual se simpatizaba desde amplios sectores de la izquierda con el País de los Soviets. Tanto para la militancia con un trayecto *sin fisuras* como para los que sufrieron un posterior *desencanto*, que desembocó en algunos casos en un «visceral alejamiento de las posturas comunistas y de una experiencia personal sembrada de incomodidades»^[26]. Sin embargo, parece existir un elemento común en los libros de viajes de intelectuales de distinta procedencia ideológica, y es la percepción de la forja de un hombre nuevo. Manuel Chaves Nogales, aunque desde una posición más crítica, también comentaba que:

21.- Obras de Lenin de referencia que abordan esta problemática: Vladimir Lenin, *La bancarrota de la II Internacional* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Editorial Progreso, 1976.

22.- J. Estruch, *Historia del PCE*, p. 7.

23.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, p. 21.

24.- Véase: Eric Hobsbawm, *Historia del marxismo*, tomo I, Vol. 7, Barcelona, Bruguera, 1983; Milos Hajek, *Historia de la III Internacional*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984.

25.- J. Estruch, *Historia del PCE*, p.12.

26.- Jesús Vives Mairal, *Ramón J. Sender*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002, p. 264.

«Después de haber recorrido Rusia y de haber buscado afanosamente cuanto en pro o en contra de la revolución se ha escrito, yo me atrevo a creer que la postura del hombre auténticamente civilizado no es la de ser comunista o anticomunista, sino la de estar atento al desenvolvimiento de los hechos, pesando y sopesando las responsabilidades de cada uno de los factores que han intervenido en la terrible experiencia que se está haciendo en la carne viva de un pueblo de ciento cuarenta millones de habitantes, sin desechar la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad»^[27].

Por su parte, Antonio Machado señalaba que «a nadie debe extrañar que Rusia haya pretendido utilizar el marxismo en su mayor pureza, *al ensayar la nueva forma de convivencia humana de comunión cordial y fraterna*, para enfrentarse a todos los problemas de índole económica que necesariamente habían de salirle al paso»^[28]. El entusiasmo existente entonces en España hacia la URSS y el respeto que se profesaba a la IC se encontraban muy extendidos entre la comunidad de intelectuales de izquierdas, independientemente de su adscripción política. Se puede percibir también en las interpretaciones de la realidad política que hacían intelectuales como el escritor socialista (caballerista), Luis Araquistáin, cercana ya la Guerra Civil:

«En España se dan condiciones históricas en extremo análogas a las de Rusia a fines del siglo XIX y principios del XX: un capitalismo ya en su fase financiera, sin una alta burguesía directora eficaz y con una pequeña burguesía sin partidos políticos, que

tendrá que acabar viniendo al socialista; un Estado débil y un proletariado ávido de poder, consciente de su misión histórica y con una capacidad revolucionaria como ningún otro en el mundo, fuera de Rusia, curado, también como ningún otro, de las ilusiones de la democracia en régimen capitalista»^[29].

Un escritor, un intelectual que no pertenecía al PCE, compartía el análisis exportado por la IC para el caso español^[30]. El origen de esta conformidad se encuentra en una idealización de la Revolución de Octubre que se cree exportable a todos los rincones del planeta. Esta tendencia a extrapolar la realidad soviética a la española es una de las características compartidas por muchos de los afines a la URSS y, a su vez, como veremos, una de las causas del fracaso político del PCE en los años treinta; que se chocó una y otra vez con un contexto sociopolítico que difería en mucho al de la Rusia de principios de siglo^[31]. Por todo ello, como hemos señalado, hasta ya entrada la Guerra Civil, el PCE fue incapaz de capitalizar ese entusiasmo hacia la URSS, que era manifestado por personalidades de diversa filiación política.

29.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, pp. 79-80.

30.- Jules Humbert-Droz, *De Lenine a staline. Dix ans au service de l'Internationale Communiste*, Neuchatel, Éditions de la Baconnière, 1971.

31.- Para una mayor profundización en la Revolución Rusa: Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (Eds.), *1917. La revolución Rusa cien años después*, Madrid, Akal, 2017; José María Faraldo Jarillo, *La Revolución Rusa: Historia y memoria*, Madrid, Alianza Editorial, 2017; Julián Casanova, *La venganza de los siervos*, Barcelona, Editorial Crítica, 2017; Neil Faulkner, *La Revolución rusa. Una historia del pueblo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2017; E. H. Carr, *La Revolución Rusa, de Lenin a Stalin (1917-1929)*, Madrid, Alianza Editorial, 2009; Orlando Figes, *La Revolución rusa 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2006; Sheila Fitzpatrick, *La Revolución Rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Richard Pipes, *La Revolución rusa*, Madrid, Debate, 1992.

27.- Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Madrid, Libros del Asteroide, 2012, p. 248.

28.- Antonio Machado, «Sobre la Rusia actual», 1937, *Fuerzas de la cultura*, caja 127, carp 5, AHPCE (Énfasis del autor)..

En un momento histórico en el que el avance del fascismo era cada vez más evidente, el ejemplo de la URSS entre socialistas, no habíamos ya en el sector juvenil, fue habitual. Pero lo cierto es que la imagen que estaba exportando la URSS al exterior también ayudaba, con el éxito económico de los planes quinquenales y la colectivización forzosa, y bajo un liderazgo político finalmente estabilizado en torno a la figura de Stalin^[32]. La crisis que estaba viviendo el capitalismo, un contexto de crisis económica mundial favoreció, sin duda, la atracción hacia una Unión Soviética que transmitía una solidez que parecía dar la razón a Stalin y su teoría del socialismo en un solo país^[33].

La relación de Ramón J. Sender y Rafael Alberti con la URSS y el PCE

Entre los intelectuales cercanos al comunismo del momento encontramos el ejemplo de Sender, que marchó a Moscú para asistir a la olimpiada del arte revolucionario, al final de la primavera de 1933, y permaneció allí un mes, invitado por la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios^[34].

El caso de Sender se puede apreciar mediante su libro *Madrid-Moscú*, pero evidentemente hay más ejemplos destacables, como César Vallejo, María Teresa León y Alberti, también políticos socialistas como Zugazagoitia, Álvarez del Vayo o Rodolfo Llopis. Este peregrinaje realizado por intelectuales, políticos y personajes de toda índole que les dirigía a la Unión Soviética, para después dejar constancia escrita de ello, no fue un fenómeno ni mucho menos reducido a España. La curiosidad, el entusiasmo

que despertaba el experimento soviético, fue compartido por personajes procedentes de muchas partes del mundo. Hay ejemplos ilustres de ello como Nikos Kazantzakis, Henri Barbusse, Joseph Roth o John Reed.

Madrid-Moscú está considerado por la crítica como un libro de viaje en el que es evidente el apoyo a la Revolución de Octubre. Las alabanzas al Partido de la URSS son constantes, aunque existe un «ocasional pero afilado sentido crítico que apuntaba suficientes reticencias como para no pensar que el escritor pudiera acomodarse con plena satisfacción en los parámetros políticos y estratégicos del comunismo»^[35]. Encontramos en Sender un apoyo conceptual a la obra que se estaba llevando a cabo en la URSS, pero las reticencias hacia algunos métodos o prácticas del PCE se tornaron evidentes, ya que no terminaba de aceptarlos, y en gran medida los achacaba también a la IC.

En *Madrid-Moscú* escribe lo siguiente: «yo he estado casi siempre en la Unión Soviética en una posición de crítica, sobre todo con los primeros miembros del partido que yo suponía tenían alguna responsabilidad»^[36]. Sin embargo, un informe del delegado de la IC, Victorio Codovilla, resulta esclarecedor: «manifestaba [Sender] una serie de reservas respecto de la línea política de nuestro Partido y de la IC. No así del Partido de la URSS, sobre el cual no hacía más que alabanzas»^[37]. Codovilla, desde su llegada a España en 1932 fue una correa de transmisión de la IC eficazísima para tratar de imponer las directrices de Moscú, hasta el punto que era considerado el «auténtico jefe» del PCE^[38].

La URSS operaba como la mitificación de

32.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, p. 80.

33.- Para conocer las interpretaciones de Stalin sobre la obra de Lenin y el marxismo: Iósif Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, Pekín, ediciones en lenguas extranjeras, 1972.

34.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, p. 92.

35.- J. Vives Mairal, *Ramón*, p. 264.

36.- Ramón J. Sender, *Madrid-Moscú: notas de viaje (1933-1934)*, Madrid, Pueyo, 1934, p. 221.

37.- J. Vives Mairal, *Ramón*, p. 266.

38.- Tim Rees, *International Communism and the Communist International, 1919-43*, Manchester, Manchester University Press, 1998, p. 146.

un mundo más justo para muchos intelectuales de izquierda, en algunos casos esto provocó una ceguera que anulaba toda capacidad crítica aunque los intelectuales procedieran de distintas filiaciones políticas al PCE. Existía también un grupo más definido ideológicamente en el que se encontraban intelectuales que asumían la interpretación estalinista de la construcción del socialismo, de forma completamente consciente y racional. En este grupo podríamos incluir a Rafael Alberti. Sender se encontraba en un tercer grupo de intelectuales pertenecientes a la izquierda, que pese a su fascinación inicial por la URSS y la Revolución de Octubre, le acompañaba un sentido crítico que le alejó del estalinismo por convicción y de la idealización exacerbada. No es intención del autor caer en una acotación rígida, simplista por definición, pero grosso modo se puede asumir una organización similar para facilitar la labor explicativa.

Sender era uno de los intelectuales españoles más estimado por los soviéticos debido a la temática de sus novelas, ya que se le podría considerar un novelista social. Se establecieron medidas cautelares ligadas a las sospechas que despertaba en el PCE, ya que «aunque vuelve transformado en un *soldado de la revolución*, modera su entusiasmo porque la política comunista y la forma de control del partido no le gustan para España»^[39]. En las páginas de *Mundo Obrero*, Sender había hecho públicas estas dudas hacia el PCE en febrero de 1933:

«Adoctrinalmente estoy con vosotros. Ahora bien: tengo algunas dudas en cuanto a la táctica. Si no las tuviera hubiera pedido el ingreso en el Partido. Yo sé que una organización como la vuestra necesita de una ortodoxia firme y sin vacilaciones. [...] Todo esto me parece natural y lógico desde el

punto de vista de la organización interior del Partido. No puedo olvidar, sin embargo que si el Partido con esos medios puede dirigir una revolución —eso no lo dudo—, no es tan fácil que pueda hacerla. [...] estimo que el Partido de la Revolución necesita cierta flexibilidad y libertad de movimientos. [...] el gobierno obrero y campesino de la URSS tiene forzosamente, como todo poder establecido, una posición conservadora. Conservadora, en este caso, de la revolución. Esa posición y la visión de los problemas que va con ella se irradia sobre todas las organizaciones similares en el mundo. ¿No hay motivos para pensar que en algún momento no se ajuste a la realidad revolucionaria española, por ejemplo, donde la posición tiene que ser activa y combatiente, ajustada a una línea capitalista y burguesa que tiene sus entrantes y salientes propios, sus sinuosas características?»^[40].

Por su parte, Alberti y María Teresa León viajaron a la URSS en diciembre de 1932, financiados por la Junta de Ampliación de Estudios en su previo paso por Berlín, y una vez en Moscú recibieron la invitación del MORP (Unión Internacional de Escritores Revolucionarios en castellano) para quedarse dos meses como huéspedes oficiales. Alberti no escatimó elogios hacia una realidad mostrada gracias a «la hospitalidad de su anfitrión institucional, el MORP, y a la gentileza de su acompañante, el traductor Teodoro Kelyn, [y] no puede sino ponderar la excelencia de un sistema en el que hay trabajo para todos *hasta para los poetas*»^[41]. Alberti se convirtió, al regresar, en el representante del MORP «tan cargado de entusiasmo como con deseos de ejercer de responsable de la organización soviética en

39.- J. Vives Mairal, *Ramón*, p. 266.

40.- Ramón J. Sender, «Una carta del camarada Sender», *Mundo Obrero*, 69 (7 de febrero de 1933), p. 2.

41.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, p. 196.



M. Teresa León y R. Alberti durante su visita a la URSS en 1934 (Fuente: Fundación Rafael Alberti).

España»^[42]. El caso de Alberti dista en mucho del de Sender. Alberti se muestra como un comunista convencido de la justeza de la línea política de la IC, un firme partidario de trasladar la realidad soviética a España. No compartía las reticencias metodológicas de Sender.

A finales de diciembre de 1932, se había constituido en Madrid la Unión de Escritores Proletarios y Revolucionarios, y en el proyecto participaron Isidoro Acevedo, De Pedro de Répide, Joaquín Arderius y Felipe Fernández Armesto. Cuando regresaron, Alberti y María Teresa León, se reunieron con ellos el 13 de marzo, y la respuesta a estos acontecimientos aportan una prueba evidente de la militancia sin fisuras de Alberti, que dirigió a aquellos el poema *Al volver a empezar*:

«Llegué aquí,
volví
y vi cadáveres sentados,
cobardes en las mesas del café y del dinero,
cuerpos podridos en las sillas,
amigos preparados a recibir de balde el
sueldo de la muerte de otros.

Vine aquí
y os escupo.

Otro mundo he ganado».

Alberti acusa y desprecia a los que no comparten su entusiasmo en una clara demostración del discurso clase contra clase. Sin embargo, este discurso tan virulento y sectario no contribuyó al proselitismo que, paradójicamente, deseaban en Moscú desde

42.- Id.

estas posiciones políticas^[43].

Las referencias del poeta gaditano a la URSS en sus publicaciones son constantes, y en ellas se hace explícita su proyección hacia el contexto español:

«[...] Los relojes del Kremlin os saludan cantando la Internacional,
las radios de la URSS os envían los hurras del Ejército Rojo,
de Madrid a Lisboa una estrella se agranda cubriendo todo el cielo
y silba el primer tren que no conoce las fronteras antiguas.
¡Arriba camaradas!
¡Viva la Unión de las Repúblicas Socialistas Íberas!»^[44].

Alberti y María Teresa León habían pasado por Berlín, como se ha señalado con anterioridad, para llegar a Moscú, a finales de 1932. Las experiencias vividas en allí, es seguro que influyeron en el duro juicio que emitió hacia intelectuales no comprometidos con la causa comunista y a la interpretación que hacían estos de la lucha antifascista. En sus memorias, Alberti nos cuenta:

«Allí [en Berlín] conocí a Erwin Piscator, gran director de escena, a Bertolt Brecht, ambos muy jóvenes aún, a Ernest Toller, [...] y a muchos más artistas, escritores e intelectuales que el nazismo arrojó de Alemania, en donde ya, en aquel final de 1932 no se podía vivir. Un tremendo clima de violencia la sacudía en todas direcciones. El hambre y la desocupación andaban por las calles, cruzadas de las escuadras nazis, que pateaban las aceras, salpicando de agua de los charcos a los aterrados transeúntes»^[45].

43.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, p. 197.

44.- Rafael Alberti, «Mitin», 1933, *Fuerzas de la cultura*, caja 127, carpeta 2, AHPCE.

45.- Rafael Alberti, *La arboleda perdida (segunda parte), memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1987, pp. 19-20.

El poeta no encontraba fisuras en su interpretación, en su conceptualización, mientras que Codovilla organizó una entrevista con Sender a la que también asistió Vicente Uribe, miembro del buró político del PCE^[46], con el fin *corregir las desviaciones* de Sender y atraerle hacia el partido. La entrevista es previa a la redacción final de *Madrid-Moscú*, y seguramente este episodio influyó en la misma. Se ha especulado mucho acerca de la relación que mantuvo Sender con el PCE, y en el prólogo de *Los cinco libros de Ariadna*, este señala que:

«Desde el primer día hasta el último de nuestra corta relación les expuse todas mis discrepancias. No conseguimos resolverlas y me alejé lo mismo que me había acercado. Eso de que estuve en el Partido y me echaron son cuentas de vieja *ad majorem Vozdi gloriam*. Si fuera verdad, lo diría, porque hace muchos años que eso no constituye para nadie un motivo de vergüenza, sino todo lo contrario»^[47].

Los viajes a la URSS tenían la misión de *convencer*, y en Sender tuvo el efecto de acercar aún más su abstracción a la realidad. En concreto, lo que no hizo fue trasladar su idealización de la URSS al caso español, sino que paradójicamente se reafirmó en sus dudas respecto a la realidad del comunismo en España. La idea contrastaba con la práctica, la práctica de los partidos comunistas, y esto creyó comprobarlo en España con el PCE y los dislates teóricos de la IC. Pese a que las alabanzas a la URSS y al Partido Bolchevique eran constantes, observó métodos y rasgos (como el sectarismo, el pretendido autoritarismo y el profundo desprecio en su relación con otros grupos políticos de iz-

46.- J. Vives Mairal, *Ramón*, p. 266.

47.- Ramón J. Sender, <<prólogo>> a *Los cinco libros de Ariadna*, Barcelona, Destino, 1977, p. VII.

quierda, etc.) que no le gustaron del PCE y, por ende, de la IC, como ya había advertido Codovilla.

Sender fue director de *La Lucha*, órgano comunista para el frente único, a principios de 1934, pero con él nos encontramos ante una interpretación diferente de la realidad soviética y de la praxis comunista. Pese a su entusiasmo mostrado hacia la URSS en *Madrid-Moscú*, como se ha comentado con anterioridad, se reveló crítico con la praxis que intentaba exportar la IC y que el PCE trataba de aplicar en el contexto español. Las alabanzas al Partido Comunista de Rusia responden a una idealización del bolchevismo procedente de la Revolución de Octubre, no a un estalinismo ideológico por convicción.

Esto se pudo deber a diversos factores culturales y políticos propios del protagonista entre los que se podría encontrar su poso anarquista, influencias teórico-políticas que influyeron en que la filtración fuera diferente a la de otros intelectuales. Rafael Cruz rescata la esencia de esta problemática:

«Las pretensiones de objetividad no existen desde el momento en que [Sender] describe un mundo ideal, sin contradicciones, donde toda la miseria que se encontraba estaba al margen del Estado proletario; la libertad y la marginación se llevaban de la mano. Además, particularmente en un par de temas, [Sender] estaba convencido de lo que se le había dicho, pero sólo podía imaginárselo»^[48].

Esta reflexión bien puede servir para ambos protagonistas en su idealización de la URSS. Sin embargo, las contradicciones en Alberti con el PCE no se producen porque probablemente no pertenecen en él al

dominio de la lealtad, y la lealtad al Partido Comunista en los años treinta solía confundirse con honestidad. Además, Alberti, ideológicamente se encontraba mucho más cerca de la línea de interpretación del comunismo y de la realidad española defendida por la IC.

El mito de la URSS y la lucha del PCE por salir del aislamiento

El intento de proselitismo era una constante de la estrategia comunista que se intentaba combinar con el sectarismo demandado por la IC en un momento (hasta 1935) en el que la política de clase contra clase estaba asentada. En las normas que publicaba la organización Amigos de la Unión Soviética para el envío de una delegación obrera al País de los Soviets, se señalaba que «en cuanto a la filiación política, deberán preferirse los obreros que por razones ideológicas, abriguen todavía dudas o recelos contra la obra que se está realizando en la URSS, principalmente los anarquistas»^[49]. Los viajes a la Unión Soviética, por lo tanto, no estaban reservados a una elite intelectual, sino que significaban un premio para los militantes y dirigentes del partido que deseaban ser designados y ratificados por un sindicato o una fábrica. Se buscaba atraer así a los obreros más escépticos mediante su estancia en la Unión Soviética. Esto podía posibilitar la conversión de anarquistas, socialistas y sin partido al comunismo y, además, los testimonios de los delegados obreros servían para influir en el lugar de trabajo, en el sindicato, etc., y a los lectores de la prensa obrera^[50].

Se encuentran en la prensa comunista de la época, con relativa facilidad, testimo-

49.- «Los Amigos de la URSS. Normas para el envío de una delegación obrera a la Unión Soviética», *Euskadi Roja*, 53 (24 de marzo de 1934), p.3.

50.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, pp. 94-95.

48.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, p. 92.

nios de los protagonistas de estas delegaciones obreras que viajaban a la URSS. En estos se destacan valoraciones como que «allí no hay crisis de trabajo; faltan brazos en todas las industrias. El obrero, por ser obrero, sabe que tiene derecho a la vida y que vive bien, cada vez mejor, sabiendo además que le espera una vejez sin miseria ni preocupaciones»^[51]. Estas declaraciones las realizaba un obrero tipógrafo que antes de ir a la URSS se definía como un «apolítico rabioso» y a su vuelta comentaba que su política era «¡amigo de Rusia!». Estos relatos funcionaban muy bien de cara a propagar y a dar veracidad al mito soviético, más allá de las dudas que pudieran despejar en obreros concretos. La labor propagandística encontraba aquí un soporte aparentemente empírico que podía resultar muy eficaz al introducirse con total naturalidad en la cotidianeidad del obrero.

Otro aspecto fundamental de la función ejercida por la URSS era la producción de identidades ideológicas y políticas. «Se definían las identidades de los seguidores y oponentes —rojos, bolcheviques, comunistas y sus contrarios—; se caracterizaba lo justo e injusto —asociando la injusticia a la situación social en Rusia o identificándola, por el contrario, con el capitalismo destruido de Rusia»^[52]. La Unión Soviética funcionaba como ejemplo de lo bueno y lo malo, y un gran elenco de las formaciones políticas de la II República, tanto de izquierdas como de derechas, utilizaban a la Unión Soviética para legitimar o deslegitimar tal o cual opción u opinión política, dado que de cómo se determinase el significado de Rusia, se podía definir también a España^[53]. La URSS se convirtió en un significante flotan-

te en la lucha ideológica del momento en la que se incluían multitud de equivalencias para definir la realidad española.

Juan Piqueras, de cara a posicionar la visión o el concepto de arte defendido por la revista *Octubre* también se apoyaba en la URSS, y destacaba que existía una verdad incontrovertible:

«El arte, en Rusia, nace bajo el signo de un régimen proletario, mientras que en el resto del mundo es controlado por un régimen capitalista. El arte burgués es protegido y amparado en los Estados capitalistas, mientras que el arte proletario es tachado de ilegal y perseguido como enemigo del régimen vigente»^[54].

Los comunistas españoles eran conscientes del poder propagandístico de la industria cinematográfica y el importante papel que jugaba en la disputa ideológica dentro del terreno cultural. Por ello, la prensa comunista se hacía eco de los logros de la industria cinematográfica en la URSS ofreciendo, eso sí, cifras absolutamente disparatadas del número de espectadores que consumían las producciones fílmicas soviéticas:

«el número de cinematógrafos ha aumentado durante el curso de estos últimos años. Se han contado en el mes de enero de 1933 29.169, mientras que en 1928 su número no pasaba de 10.000. Un desenvolvimiento extremadamente rápido, digno de señalarse, es el que ha tomado la cinematografía en las localidades rurales. [...] El número de espectadores ha aumentado en la misma proporción. En 1928 asistían 240 millones de personas a las sesiones cinematográficas de la URSS entera; en 1933 la cifra asciende a más de 932.500 millones de personas.

51.- «Impresiones de un tipógrafo en el País de los soviets», *La Lucha*, 6 (15 enero de 1934), p. 2.

52.- R. Cruz, «¡Luzbel, p. 281.

53.- *Ibíd.*, p. 295.

54.- Juan Piqueras, «Kuhle Wampe y el cine proletario», *Octubre*, 1 (1933), p. 20.

En las localidades rurales, sobre todo, se ha cuadruplicado el número de espectadores, mientras que en las ciudades solo se ha doblado»^[55].

Los efectos del primer Plan Quinquenal eran elogiados y exagerados pero se recogía también información de interés que invitaba a pensar en un avance de la industria estatalizada en todas sus vertientes, incluida la cinematográfica. Se destacaba que «si las fábricas de películas iniciaban su producción con una dotación de equipos cinematográficos extranjeros, hoy día, contándose por centenares en toda la Unión Soviética, poseen aparatos tomavistas»^[56].

El PCE, además de promocionar en la prensa los avances socioeconómicos y culturales de la URSS, tenía que competir con los escasos medios que poseía en la batalla ideológica y cultural, y para ello utilizaban el gran capital simbólico que le aportaba la URSS, haciendo uso del mismo también en las sesiones de cineclubs proletarios. En estos se exhibían proyecciones soviéticas y se recitaban poesías alusivas a la lucha de clases y a la Unión Soviética^[57], creando así un contexto propicio para el proselitismo. La radio era otro ámbito con un gran potencial para la difusión cultural soviética y *Mundo Obrero* animaba a sus lectores a sintonizar Radio Central de los Sindicatos de la URSS. Esta emisora ofrecía sus contenidos en español y francés, para dar a conocer a sus oyentes «los éxitos alcanzados en la URSS en todos los aspectos de la vida político cultural y económica, y que a la par puede

servirles de medio de educación»^[58]. Algunos de los programas emitidos para el mes de enero de 1933 se titulaban «Las cárceles en la URSS», «Los obreros metalúrgicos en la URSS» o «velada consagrada a la memoria de Lenin». El PCE, con sus medios, trataba de capitalizar así el entusiasmo existente hacia a la URSS, a la par que fortalecía la instrucción ideológica entre sus militantes.

Por su parte, intelectuales como Alberti, en su afán por influir en la opinión pública, asumían la versión que daba la IC de la situación político-social de España en 1933 de inminente revolución^[59]. En sus poemas se enfatiza la polarización, y para ello también utiliza el ejemplo de la URSS. El dualismo es claro:

«Toda España arde. / Sevilla está en llamas.
/ Grita Extremadura / cruzada de balas. / En
Asturias, huelgas / de minas y fábricas. /
¡Cantad compañeros! / De norte a sur pasa /
un temblor de olas / revolucionarias.
Los niños de Extremadura / van descalzos.
[Sin embargo en la URSS] la risa de los niños
/ se desprende en trineos por las cuevas
heladas»^[60].

Las figuras de Sender y Alberti, contrapuestas, son de gran utilidad para compren-

55.- «El cinema es un arma potente de la revolución cultural en la URSS», *La lucha*, 3 (11 de enero de 1934), p. 3.

56.- «El primer tomavistas cinematográfico soviético», *La lucha*, 6 (15 de enero de 1934), p.3.

57.- «Una sesión de Cine-Club proletario», *La lucha*, 9 (18 de enero de 1934), p. 2.

58.- «¡Amigos de la URSS y de la cultura en general!», *Mundo Obrero*, 29 (2 de enero de 1933), p. 4.

59.- Para un seguimiento de las diferentes políticas impuestas por la IC en España: Serge Wolikow, *L'Internazionale comunista. Il sogno infranto del partito mondiale della rivoluzione (1919-1943)*, Roma, Carocci, 2016; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, Barcelona, Editorial Planeta, 1999; Tim Rees, *International Communism and the Communist International, 1919-43*, Manchester, Manchester University Press, 1998; Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*. Madrid, Alianza Editorial, 1987; Víctor Alba, *El Partido Comunista en España*, Barcelona, Editorial Planeta, 1979.

60.- Rafael Alberti, «Salutación al Ejército Rojo», 1933, *Fuerzas de la cultura*, caja 127, carpeta 2, AHPCE.

der la relación especial que existía desde el PCE con este sector tan particular de militantes, como eran los intelectuales. Estos podían aportar prestigio al Partido, pero el propio prestigio social de los intelectuales podía resultar dañino para la imagen del Partido si estos no eran atraídos o se distanciaban del mismo. Si intelectuales con influencia en la izquierda criticaban al Partido, este podía ver afectada negativamente su ya reducida influencia social. No era conveniente tener a intelectuales de peso en la izquierda en una posición tibia hacia el PCE, era necesario el proselitismo, era necesaria una lealtad sin fisuras, y la URSS funcionaba como un elemento mitificador altamente atractivo entre la intelectualidad y el conjunto de la clase trabajadora.

La IC, sin embargo, contribuyó de forma definitiva en el aislamiento de sus secciones nacionales occidentales, y el sector de la intelectualidad, por su notoriedad, por la riqueza de sus discrepancias, nos ofrece a pequeña escala la naturaleza del enrocamiento estalinista, de su constante alejamiento de amplios sectores sociales en su intento de exportar políticamente la experiencia soviética.

A comienzos de abril en 1933, el PCE, apoyado por destacados intelectuales y políticos comunistas, convocó una asamblea para constituir el Frente Antifascista, con una composición casi exclusivamente comunista, organismo que tuvo como objetivo la atracción orgánica de intelectuales próximos al PCE, como fue el caso de Sender, que se encontraba cada vez más cerca de la política unitaria del partido^[61]. Algunos de los notorios firmantes de la asamblea para convocar el Frente Antifascista fueron: José Antonio Balbontín, el propio Sender, Wenceslao Roces, Pasionaria o Francisco Galán pero el Frente Antifascista no alcanzó una

61.- R. Cruz, *El Partido Comunista*, p. 167.

relevancia que trascendiera la propia celebración de los mítines^[62]. No consiguieron los comunistas, aumentar considerablemente su influencia entre la intelectualidad, ni que su propaganda cuajase mejor en la sociedad de masas. Pese a la creación, también, de la revista *Octubre* en 1933 por iniciativa de Rafael Alberti, el efecto de la propaganda no fue el deseado, y la influencia entre la intelectualidad no creció.

En 1934, el censo de colaboradores seguía siendo muy escaso: Arderius, María Teresa León, Arconada, Sender, Prados, Serrano Plaja y Cernuda^[63]. La labor de captación, el proselitismo, resultó en este ámbito también una decepción, que reflejaba la incapacidad de las políticas de IC para influir de forma determinante en la sociedad española hasta Octubre de 1934.

La represión desarrollada tras los sucesos de Octubre acosó a los militantes de la agrupación de escritores revolucionarios, que contaba con unos 200 miembros y fue un golpe muy severo a secciones muy activas, como la de cine, que había editado la revista *Nuestro Cinema*^[64]. Tras la represión, el movimiento de solidaridad sí aumentó la influencia de los intelectuales integrados en el Frente Popular, traduciéndose en un incremento del número de simpatizantes e intelectuales que se sumaban a la causa antifascista, pero Rafael Alberti continuó siendo la referencia, el símbolo de la militancia intelectual. Sin embargo, el Partido, que contaba cerca del periodo de elecciones en 1931 con 7.810 miembros según las estadísticas oficiales^[65] (infladas, ya que presumiblemente no pasaría de unos cientos de inscritos a inicios de los treinta), se encon-

62.- Id.

63.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, p. 201.

64.- A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos Camaradas*, p. 208.

65.- «Situación de la organización del Partido Comunista de España», abril de 1931, *Documentos PCE*, carpeta 12, AHPCE.

traba con que solo un 1% de los militantes de las principales regiones correspondía a elementos no obreros. Se destacaba la cifra mayor de intelectuales de la ciudad de Madrid, que alcanzaría un 5% -y el hecho de que pese a que el Partido hubiera sido legalizado, la base del mismo continuaba siendo ilegal en el ámbito laboral—, y nada parece indicar que la composición social del Partido variara demasiado a lo largo del periodo republicano. La interpretación que hizo el PCE de la recién proclamada II República, siempre con la URSS en el horizonte, no dejó demasiado margen para ampliar su base social en la primera mitad de los años treinta:

«¡VIVA LA REPÚBLICA DE LOS CONSEJOS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS! Única república de la clase trabajadora [...] la burguesía se reagrupa en los cuadros de una república burguesa y se prepara a lanzar todas sus fuerzas organizadas en este gran bloque de clase contra el proletariado. [...] La clase trabajadora de la ciudad y del campo no puede incurrir en el enorme error de considerar como una república suya, como su propio régimen, aquel en el que se conservan todos los privilegios económicos y políticos de las clases dominantes; UNA REPÚBLICA QUE NO ENTREGUE LA TIERRA A LOS CAMPESINOS, QUE NO PONGA EN MANOS DE LA CLASE TRABAJADORA LOS MONOPOLIOS, LOS BANCOS, LOS GRANDES CONSORCIOS, NO ES NI PUEDE SER LA REPÚBLICA DE LOS TRABAJADORES, SINO LA FORMA POLÍTICA QUE DA LA BURGUESÍA A SU DOMINACIÓN PARA SALVAR SUS PRIVILEGIOS DE CLASE EN LA REVOLUCIÓN QUE COMIENZA»^[66].

66.- «¡Viva la República de los Consejos Obreros, Soldados y Campesinos!», abril de 1931, *Documentos PCE*, carpeta 12, AHPCE. Las mayúsculas pertenecen al original.

Conclusión

El discurso y la estrategia del PCE en la II República estuvieron impregnados del lenguaje y la estrategia del Partido Bolchevique en la Revolución rusa. La IC y los líderes se encargaban de ello por convicción política pero el elemento simbólico, aún situándose en un error estratégico, no carecía de potencial propagandístico también entre la intelectualidad. En vísperas del movimiento huelguístico revolucionario de 1934, el PCE publicaba el programa del futuro gobierno obrero y campesino titulándolo como «Programa del Poder Soviético del PC de España»^[67], el referente político al que se pretendía emular se hallaba omnipresente.

La trayectoria del PCE fue contrapuesta a la del Partido Bolchevique en 1917, como lo fueron los contextos sociopolíticos en los que se movieron ambos partidos. El intento de extrapolación de la experiencia soviética de la revolución de Octubre a la España de los años treinta por parte de la IC, sometió al PCE al aislamiento político; su relación con la intelectualidad también se vio enormemente condicionada por la estrategia seguida por el Partido. Esta situación bien merece un somero repaso cuantitativo que aporta elementos bastante concluyentes de la trayectoria del PCE en la primera mitad de los años treinta, un partido que ambicionaba ser el intelectual colectivo de la clase obrera y campesina acumulando, a su vez, todo el capital simbólico que ofrecía la URSS.

El PCE comenzó el periodo republicano con apenas unos cientos de afiliados, en 1933 el Partido contaba con alrededor de 13.000 militantes, y en marzo de 1936 *Mundo Obrero* se hacía eco del comunicado del CC del PCE, en el que se destacaba que se

67.- «Programa del Poder Soviético del PC de España», 20 noviembre de 1934, *Documentos PCE*, carpeta 15, AHPCE.

habían superado los 50.000 militantes^[68]. Esta cifra se ha de tener en cuenta, ya que fue en dicho año cuando el PCE inició un marcado ascenso de afiliados que pudo haber llegado a los 100.000 en julio^[69], aunque otros autores han matizado estos datos^[70]; sin embargo desde que en 1933 se alcanzaran probablemente los 13000 militantes, hasta diciembre de 1935 el Partido dispuso de un número similar de militantes. El incremento se produce, por lo tanto, en el contexto del advenimiento de la República —pese al rechazo de la república burguesa— y de las elecciones de febrero de 1936 y los meses posteriores con la modificación de la estrategia unitaria antifascista. Con el abandono del discurso y la práctica más sectaria y maximalista ligada a la lectura errónea realizada por el PCE sobre la situación del contexto español posterior a 1931 y sus posibilidades de un proceso revolucionario. No así por un aumento constante de afiliados durante el periodo republicano.

El crecimiento de la organización comunista se enmarca en una coyuntura política que el PCE supo aprovechar con un frente-populismo pragmático, la apropiación de algunas de las señas de identidad del republicanismo, la defensa de la legalidad y de la participación parlamentaria, así como por su estrategia posterior encaminada a ganar la guerra, frenando experimentos colectivistas y mejorando así su imagen entre la

burguesía. Conviene recordar aquí la recomendación que hacía Stalin a Largo Caballero en diciembre de 1936:

«Convendría atraer al lado del gobierno a la pequeña y media burguesía de las ciudades o, en todo caso, darles la posibilidad de adoptar una posición de neutralidad, favorable al gobierno, protegiéndoles contra las tentativas de confiscación y asegurándoles en la medida de lo posible la libertad de comercio»^[71].

Además, en este ascenso también intervinieron favorablemente, como es lógico, la legalidad y el aumento de las posibilidades propagandísticas en contraposición al contexto de represión política anterior a 1931 en España.

En cualquier caso, la fluctuación de la militancia era un problema recurrente en los partidos comunistas. El número de efectivos variaba de forma constante de un año para otro o en cuestión de meses. Este fenómeno ha sido tratado por Kriegel, destacando en su explicación el factor de la represión en las empresas combinado con altas tasas de paro que operaban en los años treinta. Además, como recoge también dicha autora, las exigencias del Partido respecto a sus militantes eran tan duras, que los menos conscientes rehusaban proseguir un tipo de vida en el que no podían disponer apenas de ratos de ocio^[72].

Nos encontramos pues, como hemos dicho, ante un PCE que aspiraba a ejercer de intelectual colectivo de la clase obrera. Antonio Gramsci entendía por intelectuales «no solo aquellas capas comúnmente designadas con esta denominación, sino en general toda la masa social que ejerce funcio-

68.- «Comunicado del Comité Central del Partido Comunista de España», *Mundo Obrero*, 76 (31 de marzo de 1936), p. 1.

69.- J.C. Rueda Laffond, *Memoria roja*, p. 65.

70.- Rafael Cruz recoge datos que cifran en 83.967 los afiliados en torno a julio de 1936, frente a los 102.000 que destaca *Mundo Obrero* para el 1 de junio del mismo año. Gabriel Jackson, por su parte, apunta que en julio de 1936 el PCE disponía de entre 20.000 y 30.000 militantes, y hacia enero de 1937 alcanzaría los 200.000. Rafael Cruz, *El Partido Comunista...*, pp.58-62 y 304; Gabriel Jackson, *La República española y la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 1999, p.316.

71.- «Carta de Stalin a Largo Caballero», 21 de diciembre de 1936, *Documentos PCE*, caja 2/23, AHPCE.

72.- A. Kriegel, *Los comunistas*, p. 25.

nes organizativas en sentido lato, tanto en el campo de la producción como en el de la cultura y en el político-administrativo»^[73]. Gramsci, de este modo, se enfrentaba a la concepción tradicional de intelectual que vulgarmente designaría al literato, al filósofo o al artista. El pensador marxista italiano consideraba que en la vida moderna «la educación técnica estrechamente conectada al trabajo industrial, aun el más primario y descalificado, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual»^[74].

El «intelectual orgánico» es uno de los conceptos fundamentales de la obra de Gramsci a este respecto. Este es el que «emerge sobre el terreno a exigencias de una función necesaria en el campo de la producción económica»^[75]. El intelectual, por lo tanto, se definiría por la función y el lugar que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales. La distinción o la separación entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales no convencía a Gramsci, dado que incluso el trabajo más *taylorizado* requería un mínimo ejercicio intelectual, máxime cuando hablamos de trabajadores que realizan tareas de producción que necesitan una mayor cualificación.

Aunque bajo este prisma, cualquier trabajador, en mayor o menor grado, dependiendo de la capacidad cerebral exigida en su función, podría ser considerado intelectual; no todos los trabajadores ejercen la función de intelectual según el pensador italiano. Nos encontraríamos entonces con organizadores de la actividad económica de una determinada clase social a la que están ligados orgánicamente. Pero, además, aquéllos que realmente ejercerían la función de intelectuales, según Gramsci, desarrollarían

otro cometido de suma importancia para con su grupo social: crear la hegemonía cultural y política en la que se apoya la clase dominante a la que están ligados, para ejercer esta su control sobre la sociedad civil en último término.

El intelectual que defiende Gramsci es un intelectual unido orgánicamente a la clase trabajadora y su organización política. Consideraba que la clase obrera tenía que crear sus propios intelectuales/dirigentes que pudiesen contrarrestar la hegemonía cultural de la burguesía. Para ello, a este nuevo tipo de intelectual, además de ser conocedor de los problemas de la producción, de la técnica y de la economía, debía acompañarle una concepción histórico-humanística de la realidad para poder transformarla^[76]. El proletariado tenía que conseguir atraer a las demás clases explotadas a su causa, en especial al campesinado, para así poder conformar un bloque histórico que consiguiera convertirse en dominante y hegemónico. Para ello, el papel de este nuevo tipo de intelectual era fundamental en las tesis de Gramsci.

El pensador italiano, ya en en los años veinte se mostró muy crítico con la estrategia del Frente Único, dado que consideraba que iba a limitar el impacto político del Partido Comunista d'Italia (PCdI), entorpeciendo el crecimiento de las bases del mismo en ese enfrentamiento abierto contra los socialistas^[77]. Desde la formalización del Frente Único en 1921, se exigía a los partidos comunistas la ruptura de cualquier línea política común con los partidos socialistas, que eran calificados de «oportunistas»; con lo que ello podía implicar para pequeños partidos comunistas que, en gran medida,

73.- Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 5, México, ERA, 1999, p. 412.

74.- Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México D. F, Editorial Grijalbo, 1967, p. 27.

75.- A. Gramsci, *La formación*, p. 22.

76.- A. Gramsci, *La formación*, p. 27.

77.- Josep Pich Mitjana, David Martínez Fiol, Adreu Navarra Ordoño y Josep Puigsech Farrás (eds.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2019, p. 141.

habían nacido de escisiones de aquellos.

El tipo de intelectual que pretendía ser el PCE, un intelectual orgánico determinado por la función y el lugar que ocupaba en la estructura social, se encontraba en una tensión permanente con la intelectualidad. Lejos de lograr conformar un bloque histórico hegemónico, esta situación fue recurrente en la mayoría de partidos comunistas en gran medida como una herencia soviética (que nada tiene que ver con la interpretación gramsciana) que se expresaba con una extrema rigidez y desconfianza hacia un sector de la sociedad potencialmente contestatario.

El análisis de Gramsci partía del paradigma de la interdependencia del mundo posbélico, en el que hacía una distinción entre países capitalistas centrales y periféricos. Consideraba que el esquema planteado por Stalin de los «dos campos», el de los países imperialistas y el de los que luchaban contra el imperialismo, provocaba que la política soviética no pudiera sacar partido del proceso histórico contradictorio que experimentaron las masas trabajadoras en las sociedades de los años veinte y treinta en clave de unidad^[78]. El V Congreso de la IC y la definición de Grigory Zinoviev de la socialdemocracia como «ala izquierda del

fascismo», implicaba que los partidos socialistas eran un enemigo irreconciliable que había que eliminar, lo que supuso el aislamiento de partidos comunistas como el PCE y el PCdI; dado que desde posiciones tan rígidas y sectarias era mucho más complicado conseguir el propósito que señalaba Gramsci: lograr seducir al proletariado y al campesinado con propuestas más eficaces que las de las fuerzas burguesas. Apartarles de la influencia de estas, que estaban fuertemente enraizadas en las capas intermedias existentes entre el proletariado y las elites capitalistas de las sociedades del capitalismo periférico europeo^[79].

El esquema estalinista, por su parte, condujo a la realización de continuas exégesis escolásticas del marxismo para condenar cualquier disenso y eliminar así todo atisbo de pluralidad entre una sección del Partido que podía ser especialmente influyente en la sociedad. Esto, unido a la política de clase contra clase y un rechazo a la «república burguesa» como traslación de la Revolución rusa a la realidad española en los años treinta, condujo al aislamiento del PCE del conjunto de la sociedad española, y condicionó enormemente su relación con la intelectualidad del momento hasta la segunda mitad de la década.

78.- Giuseppe Vacca, *Vida y pensamiento de Antonio Gramsci*, Madrid, Akal, 2020, p.55.

79.- *Ibid.*, pp. 56-57.